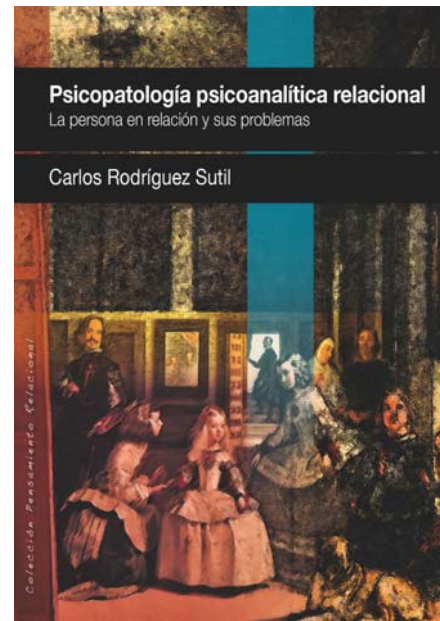


## PSICOPATOLOGÍA PSICOANALÍTICA RELACIONAL

**Carlos Rodríguez Sutil.**

Madrid: Ágora Relacional, 2014

(Colección Pensamiento Relacional nº 12)



### Primera parte: Replanteamiento de la metapsicología

#### Reseña y comentario de Manuel Aburto Baselga

El libro, prologado por el gran Joan Coderch, está estructurado en tres partes que el autor titula así: **Replanteamiento de la Metapsicología, Elementos de Psicopatología Psicoanalítica Relacional y Teoría de la Personalidad**. Tales títulos delatan ya una intención ambiciosa, que viene de inicio apoyada por la propia extensión del texto, seiscientas páginas. No sorprende, por otra parte, en un autor que ya ha dado a la prensa títulos como *El cuerpo y la mente* (1998) o *Psicopatología psicoanalítica: un enfoque vincular* (2002). Hay otros libros publicados, amén de muchos artículos, pero la huella de los citados aparecerá continuamente a lo largo del texto que reseñamos.

Dispóngase el lector a leer despacio, a releer, a pararse a meditar, incluso a consultar de urgencia conceptos filosóficos o psicoanalíticos en manuales y diccionarios. Si mediado el texto no se ha despertado en él la curiosidad, la duda y, en fin, el deseo de saber más, más vale que deje el libro y adorne con su bella portada la mesa de su salón.

#### PRIMERA PARTE: REPLANTEAMIENTO DE LA METAPSIKOLOGÍA.

Esta primera parte, que va a ocupar casi la mitad del libro, está estructurada en cuatro capítulos: *Los orígenes del psicoanálisis, Hermenéutica y perspectiva, Estructura del psiquismo y Emoción y Motivación*.

Al tratar sobre los orígenes del psicoanálisis es canónico comenzar con una reflexión sobre el contexto sociocultural en que vio la luz. Y así lo hará Sutil, aunque subraya de

inicio uno de los aspectos básicos que distinguían la nueva doctrina de la corriente dominante: “Escuchar al paciente durante períodos prolongados y dar importancia a lo que él o ella tuvieran que decir era una actitud radicalmente extraña y novedosa en la época en la que las ciencias físicas y el reduccionismo biológico triunfaban sin casi cuestionamiento, y siguen triunfando” (pg. 59). A partir de ahí el autor nos va a guiar por los distintos ámbitos culturales que influyeron en el pensamiento de Freud a lo largo de su vida: la literatura, la filosofía, la organización político social de la Viena de antes y después de la Gran Guerra y, cómo no, la identidad judía. Con más o menos detenimiento, Sutil nos irá hablando de autores y obras literarias que inspiraron a Freud y que se dejan ver de un modo u otro en sus escritos. La Filosofía es un terreno donde Sutil se mueve con soltura, y no se detiene mucho a esperar al lector atascado en algún concepto resbaladizo. Nos hablará de la presencia del idealismo y del romanticismo alemán en el contexto intelectual “implícito” que contiene la obra de Freud, y destacará a Schopenhauer y Nietzsche como precursores del pensamiento que sostiene al psicoanálisis, y que inspira la concepción de un ser humano sometido a fuerzas internas desconocidas e irracionales. Stuart Mill y Brentano sí fueron leídos directamente por Freud, y nos señala también el autor la presencia de Spinoza a través de Goethe que aporta la idea de la libertad a través del conocimiento de la necesidad, y de J. Herbart a través de Brentano, cuya semilla subyace al concepto de representación psíquica. No espera Sutil a meterse en materia, y ya desde el principio irá deshilvanando sus críticas hacia ideas como la anterior, tributarias de la esencial concepción de una mente aislada. En cuanto al Freud judío, más allá de los datos biográficos, de las referencias concretas que salpican toda su obra y de la directa y amenazante designación por parte de los nazis, es de interés, según Sutil, el estudio de las concomitancias entre la hermenéutica hebrea y los principios interpretativos del psicoanálisis. Nunca renunció Freud a su pertenencia al pueblo judío, si bien su formación religiosa y su interés político eran escasos.

¿Cómo se encuadra Freud en el marco de la ciencia decimonónica? “En el marco de referencia que subyace a la doctrina *energetista* temprana de Freud, fruto del cientifismo de su tiempo, late el anhelo por reducir toda teoría psicológica a sus fundamentos físicos y biológicos, postura próxima al positivismo lógico de Ernst Mach y los miembros del Circulo de Viena” (pg. 72). Sutil señalará el evolucionismo de Darwin como la teoría general más influyente en biología desde finales del siglo XIX. También nos recordará la orientación lamarckiana que siguen algunos modelos evolutivos de Freud. Como es sabido, y Sutil nos recuerda, el joven neurólogo Freud se formó en el laboratorio de Brücke, y asimiló el “juramento fisicalista” que apoyaba Helmholtz, por el que toda ciencia será en algún momento reductible a sus fundamentos físico-químicos.

Citará Sutil a los principales inspiradores del pensamiento científico de la época, y nos hará ver la correspondencia de tal influjo en muchos aspectos de la obra de Freud. Será en el *Proyecto de una Psicología para Neurólogos* de 1895 donde podremos ver más claramente su orientación *energetista* y el intento de asentar la ciencia psicológica sobre bases neurológicas firmes. Nos señala Sutil a un Freud ambivalente, “obligado” a hacer psicología sin querer renunciar a la ciencia natural. Tal vez vivir en ese “espacio intermedio” fue el origen de su enorme creatividad.

Al abordar el capítulo 2, que titula **Hermenéutica y Perspectiva**, el autor nos advierte de que intentará desarrollar “una metapsicología de la psicopatología que concuerde con el modelo relacional”. La cuestión de la “energía psíquica” tan ligada al psicoanálisis freudiano abre el debate, y apunta Sutil hacia “aquella otra energía “que hace que determinadas expresiones verbales posean una especial fuerza o connotación que la semántica recoge” (pg. 84). Sutil nos irá guiando desde un mundo cartesiano, internalista, donde un reservorio biológico de energía sirve a las pulsiones y sus mecanismos de control, hacia lo social, hacia el lenguaje que nos conecta y nos constituye. El apego a una figura primaria no deriva de impulsos anteriores sino que es necesidad biológica fundamental que desvela el carácter social del ser humano.

En el apartado Psicoanálisis y Hermenéutica nuestro autor señala la *aporía energética/hermenéutica* que subyace al método psicoanalítico y afirma que “es necesario separar la teoría del sentido freudiana de la teoría energética” (pg. 90). Wittgenstein acusaba a Freud de confundir causas y razones. Causas, explicaciones que están inscritas en un orden impuesto, biológico si se quiere, frente a razones, comprensión que precisa del contexto y de la historia, y vislumbra el objetivo de la acción al hallar el sentido. La hermenéutica pura lleva al abismo del todo vale. Y en psicoanálisis la interpretación ha de estar validada por la identidad narrativa (P. Ricoeur). Gadamer ilumina la hermenéutica como rechazo de toda forma de comunicación autoritaria, diálogo genuino en que se escucha al otro sin someterlo al escrutinio guiado por una verdad instituida. Pero respetar la subjetividad del otro no equivale a atender sólo a lo explícito. ¿Cómo superar la dicotomía energética/hermenéutica, la heurística de lo causal frente a la búsqueda del sentido (que puede, en su extremo, derivar en una reificación de la conciencia)? Sutil propone que el “anclaje biológico” al que debemos recurrir es “la forma de vida” como totalidad narrativa del ser humano en su contexto...Éste método psicoanalítico-hermenéutico tendrá por principio la integración de las vivencias en su conjunto”(pg. 94).

También recoge Sutil la mirada fenomenológica y existencialista del psicoanálisis, y se detiene especialmente en Heidegger. El filósofo alemán criticará la metapsicología freudiana por “transferir la teoría kantiana de la objetividad al estudio del hombre, y porque somete dicho estudio al paradigma de las ciencias naturales” (pg. 95). Los hallazgos freudianos que Heidegger reconoce (la dinámica de los mecanismos de defensa y el enfermar del hombre por causa del otro) han de ser encuadrados, como toda medicina, en una nueva *antropología científica daseinanalítica* cuyo objetivo será producir presentaciones interconectadas de fenómenos demostrables a nivel óptico del *Dasein* socio-histórico individual.

Frente al constructivismo radical apoya Sutil la argumentación de Donna Orange: “la perspectiva constructivista tiende a distanciar al terapeuta de las atrocidades que han vivido nuestros pacientes, y nos protege de vivirlas con ellos”. La experiencia relacional en psicoterapia no es una construcción totalmente *de novo* ni una repetición o hallazgo de lo ya establecido; es más bien, el encuentro con lo inesperado, un cambio de Gestalt. Sutil recoge de la autora la idea de *compasión* como actitud y como proceso: “es una forma de hacer nuestro trabajo clínico que afirma el valor humano del paciente, su dignidad, atribución que puede ser que viva por primera vez en su historia personal” (pg.

99).

La denuncia del mito de la **Mente Aislada** acompaña a todo el libro, es uno de los ejes de orientación epistemológica. Éste implícito cartesiano acompaña la concepción del ser humano desde sus primeros días. Así, por ejemplo, la idea del “like me” de Meltzoff, uno de los principales investigadores del desarrollo infantil. El bebé, según el investigador, experimenta una asociación habitual entre sus propios actos y los estados mentales correspondientes a partir de la experiencia cotidiana y, en un segundo momento, proyecta su experiencia interna en los otros cuando realizan actos similares. que supone una proyección de la experiencia interna del bebé sobre el otro. Sutil critica ese implícito de la teoría de Meltzoff de una “experiencia privada” que es luego comparada con una percepción externa. Sutil opina que el bebé no hace tal cosa, sino “que simplemente estamos ‘programados’ (y las neuronas espejo pueden ser un buen recurso) para tener una reacción emocional ante la sonrisa que se nos presenta y compartir el ‘estado mental’, que no es de uno sino, por lo menos, de dos” (pg. 101). Más adelante afirmara: “Creo que la postura epistemológica más coherente con el psicoanálisis relacional consiste en afirmar que no existe una esencia previa a la existencia – como idea platónica - sino que la esencia está presente en la existencia, y que tampoco existe un yo aislado de los otros, un sujeto sin mundo” (pg. 103). Y aun hoy el pensamiento psicoanalítico mantiene el modelo de la mente aislada que llevó a Freud a imaginar la existencia de un *narcisismo primario* a modo de yo solipsista, en cierto modo modelo de ese individualismo extremo o punto inextenso que señala Wittgenstein.

“Cuando se consigue superar la perspectiva de la mente aislada (ese demonio difícil de exorcizar) una consecuencia es la reducción de la asimetría en la relación paciente-terapeuta, convirtiéndose en una relación de mutualidad” (pg. 111).

Al abordar la **Construcción del Sujeto y su Realidad** recurre Sutil a Magritte para desafiar la realidad (hemos de decir que otra de las grandes aficiones de Rodríguez Sutil es la pintura, que contempla y practica): el pintor con su imagen provocadora de la realidad que se retrata a sí misma y, de nuevo, Wittgenstein, batiendo la idea de una representación interna que se compara con lo real, frente a la transmisión del sentido en contextos pragmáticos que da forma a la representación. “Construimos el mundo durante el mismo proceso mediante el cual lo dotamos de una estructura humana a través del lenguaje” (pg. 114). Pero la construcción de sentido no atenta contra una realidad que sustenta nuestra vida, no necesitamos prescindir de la realidad. En otro plano, mirando hacia la clínica, una actitud extrema en este sentido nos llevaría paradójicamente, como señalaba Orange,, al mismo lugar del analista pantalla que solo atiende a la supuesta realidad psíquica de su paciente sin conmoverse ante la figura atroz de un niño maltratado.

El *Dasein* es un *ser con los otros* desde el principio, dirá Heidegger. Descartes creyó descubrirse a sí mismo “dentro de sí mismo”, en una pirueta auto-reflexiva que le permitió inaugurar el pensamiento disyuntor que fundó la ciencia hasta que la cultura pudo hacerse cargo de la complejidad. Sutil persigue el alma (precursor del sujeto moderno) desde muy atrás: desde el hombre homérico centrado en la culpa hasta Descartes y Kant, que inauguran “la estructura de la reflexividad como pivote central de

la filosofía” (pg. 120). Así, el “yo que soporta la identidad occidental, el yo puro, es en realidad un *shifter* de la lingüística” (pg. 120).

El Yo de Freud es polisémico, tal vez un Yo-Sujeto transicional que da paso al sujeto moderno, complejo. El sujeto del psicoanálisis es inasible: “la persona es una realidad abierta y construida de fuera hacia adentro” (pg. 121). Y la ilusión de totalidad, de representación de “todo lo que siempre soy yo” sólo adquiere sentido en el mundo, porque es el Sujeto Otro el que nos otorga el ser Sujeto, a la par (sincronía inconcebible) que a él se lo otorgamos. El *self* del psicoanálisis aspira a permanecer y a cambiar, a ser uno y múltiple. La síntesis nos la proporciona (como tantas veces) el admirado Mitchell: el self sería “una organización subjetiva de significados que el sujeto elabora a lo largo del tiempo a través de la acción, y los sentimientos y pensamientos sobre uno mismo” (pg. 123).

Sutil afirma: “todavía nos domina la idea de que el sujeto es algo interno que dirige nuestro comportamiento, el alma”. Pero el alma, de estirpe cristiana, el “ego transcendental”, es una representación que en su máxima sublimación se “platoniza” y adquiere así la inmortalidad. Superada la dupla alma-cuerpo, pervive su intención en la más moderna “mente-cuerpo”, como si el cuerpo, asiento de la vergüenza y la culpa, no fuera todo lo que somos, siendo “el alma sólo una palabra para designar algo en el cuerpo” (Nietzsche, 1972).

Vuelve Sutil nuestra mirada al campo de la pintura (la suya nunca lo abandona) para mostrarnos a través de Las Meninas el cambio de episteme que desplaza al sujeto en su relación con el mundo, haciéndole objeto de su propia reflexión en lo observado.

Al abordar **La estructura del psiquismo** comienza el autor por el inconsciente, y para llegar a él, abre de nuevo el debate sobre las representaciones mentales y su origen; el innatismo representado, entre otros, por Fodor y Chomsky, frente al externalismo de Vygotsky; el lenguaje de la máquina, el desarrollo de estructuras internas preexistentes frente a la función social que secundariamente individualiza. Sutil lo recalca: “yo parto de la idea de que lo primero no son los sistemas representacionales, sino la comunicación interpersonal” (pg. 148). Registra, claro, el “hallazgo” del inconsciente cognitivo, que al menos tendría en común con el psicoanalítico el reconocimiento de una parte oculta a la conciencia en la explicación del comportamiento. Sin embargo, el inconsciente cognitivo no es, de nuevo, sino el inconsciente de la máquina, sin el contenido semántico que la máquina no procesa. “Pero si el inconsciente sirve de verdad para explicar el comportamiento humano es porque incluye la red social de significados, aunque no como estructura formal intrapsíquica...esto último nos llevaría a una suerte de inconsciente colectivo..y de ahí a la mística...del condicionamiento biológico” (pg. 150). Como alternativa a la imagen del inconsciente como un receptáculo oscuro en el interior del psiquismo, Sutil propone una concepción “superficial”, pegada a la realidad: “inconsciente es lo que no observamos, o no queremos observar, lo que hacemos “sin querer”...aquello a lo que no atiende o que rechazo, y al hacerlo “suelto” el afecto que, a la postre, llega a mí como ese mal sabor de boca cuya causa “ignoramos”..” (pg. 151).

La consolidada diferenciación de los sistemas de memoria en *explícita-declarativa* e *implícita-procedimental*, con distinta localización cerebral, permite asentar conceptos

hoy esenciales que aluden a los patrones inconscientes de relación que se activan con los demás. Rescata el autor la contribución de Maurice Halbwachs para quien la memoria es reconstructiva en el marco de referencia de una memoria social, colectiva. Pero la memoria que el primer Freud trataba de propiciar en contra de la resistencia, resultó ser fantasía deformada de deseos prohibidos. Surge así al campo psicoanalítico la realidad psíquica frente a la realidad externa. Se hablará, incluso, de fantasías primarias, de estirpe filogenética, que aparecerán inexorablemente en la conducta del individuo a fecha fija. Es obligado repasar el pensamiento kleiniano tan asentado en las tempranas fantasías que pueblan la psique del niño y determinan su relación con el entorno. “Los otros reales, a partir del pensamiento kleiniano, son continuamente internalizados por el infante, establecidos como objetos internos y proyectados de nuevo hacia las figuras externas...no es un mecanismo de defensa en sí mismo, sino un modo de relacionarse con el mundo externo” (pg. 164). En definitiva, nos hará notar Sutil, tanto para Freud como para Klein, las dificultades vitales surgen del interior; los objetos reales sirven si acaso para mejorar la ansiedad que de dentro surge. Ambos minimizan, en cualquier caso, el significado patógeno de la propia patología de los padres. Fairbairn, en cambio, piensa que el niño establece los objetos internos como sustitutos y solución de relaciones insatisfactorias con los objetos externos reales. Internaliza las características malas de los objetos, preservando la ilusión de bondad de los padres, figuras reales en el mundo exterior. En el modelo de Klein, la maldad de los objetos (internos o externos) se refiere a la malevolencia, derivada en última instancia de la destructividad del infante proyectada en ellos. En ambos casos, la terapia apunta a estos “demonios” internos, innatos o provenientes del exterior.

El autor pasa deprisa pero con precisión por el **lenguaje**, con referencias necesarias a Saussure y a una propuesta de Jones sobre el simbolismo, y se sumerge en la **pulsión como concepto problemático**.

La pulsión, nos recuerda Sutil, hace las veces, dentro del sistema freudiano, de la ley psicofísica de Weber-Fechner, y es el concepto con que afronta el problema psicofísico, o de las dos sustancias, que enunció Descartes. “Para Freud las pulsiones no tienen noticia de los objetos externos hasta que, al ser gratificadas, se produce la asociación entre unas y otros” (pg. 175). Y recoge una definición tardía de Freud en que la considera una representación mental de las necesidades biológicas, con más acento en lo psicológico aunque sin perder su conflictiva doble naturaleza. “El modelo relacional se caracteriza por el *cuestionamiento radical de la pulsión* a favor de la consideración de que toda motivación surge de nuestra experiencia personal de intercambio con los otros”, afirma Sutil, y remacha: “..rechaza [el modelo relacional] la capacidad epistémica del concepto de pulsión” (pg. 176). Lo que se cuestiona desde la perspectiva relacional es la necesidad de concebir un factor energético que “anime” al individuo desde dentro; las tensiones que pudiéramos llamar biológicas, solo tienen existencia psicológica en cuanto que fueron sociales desde el principio; de no haber sido significadas desde el principio, no existirían, pues no habría individuo.

“Pienso que el problema no está en que la pulsión sea algo biológico, sino en que se la considere una ‘representación mental’, cuando debería entenderse que es una *tendencia de comportamiento*. Y esa tendencia es a la relacionalidad”.(pg. 178). Sutil nos propone

pensar contra-intuitivamente: un ser orientado irremediabilmente al otro hasta cuando se ensimisma. Y tal naturaleza hace estéril la categorización de espacios (intrapsíquico versus real) y sustancias (cuerpo-mente). Desactiva, también, la ecuación necesidad-deseo. Deseo que se articula en esa tendencia de comportamiento y que, en última instancia, parece clamar por el deseo del otro. Así se adviene a la vida de sujeto “falto”, del *Dasein* que sólo *es* en su incompletud.

Al pensamiento ortodoxo puede inquietarle que el cuerpo desaparezca junto con la pulsión. Pero hasta el cadáver inerte tiene una representación social que determina su preservación individual o su reposición a la corriente de energía universal. Incluso si partimos de la acción de una hormona, su expresión será significada por los espacios culturales que nos determinan. Repasa Sutil con cierto detalle el trabajo de Freud de 1920 *Más allá del principio del placer* donde el maestro vienés da vida a la pulsión de muerte, incómoda entidad conceptual para muchos psicoanalistas, que prefieren operar conceptualmente con una pulsión destructiva o agresiva. Pero Freud hablaba de un retorno a lo inorgánico y buscaba, como solía, la confirmación biológica de su intuición. Sutil toma postura y apela a las evidencias clínicas e históricas que avalan lo que prefiere llamar una “tendencia a la destrucción”. Destruir o destruirse, infligir dolor...son creaciones humanas, específicamente alejadas de lo “biológico”. Mezclada con el placer, late en el masoquismo y en el sadismo; pero, ¿no hallamos su presencia también en la ruptura del vínculo, en la indiferencia que “des-reconoce” al otro (el odio es un poderoso vínculo), fundamento de la estremecedora “banalidad del mal” que denuncia H. Arendt? ¿No está presente en el “narcisismo de muerte” (Green) a modo de omnipotente “completud” que al anular el deseo (la falta) regresa a la apacible indiferencia de lo inorgánico?

Las citadas pulsiones dinamizan un **aparato psíquico** que fue tomando forma y ajustando sus funciones a lo largo de toda la obra de Freud. Nos recordará Sutil el sofisticado proceso de elaboración de las “tópicas” con la profundidad y profusión de citas que le caracterizan. La obra de Freud *El Yo y el Ello* (1923) será el texto de referencia, aunque no el único. Llama nuestra atención sobre la doble perspectiva que admite la obra de Freud acerca del desarrollo del Yo: la internalista-cartesiana que siguen A. Freud y la Psicología del Yo norteamericana (el Yo como derivado del Ello que media entre éste y la realidad) y la externalista-relacional, que postula en su génesis un proceso de identificaciones con los otros significativos. El Superyó, por su parte, “traza el camino de la psicología individual a la social, resaltando las necesidades del individuo para cumplir con las demandas de una comunidad”. Aborda aquí el autor la distinción entre *yo ideal*, *ideal del yo* y *superyó*, no establecida con precisión por Freud y retomada luego por Lacan. No podía faltar la referencia al debate en torno a la traducción-interpretación que cada cual hizo de la célebre frase de Freud “*Wo Es war soll Ich werden*”, cuyo sentido parecía resumir el objetivo del psicoanálisis. Ese Yo que emerge del Ello y media con el Superyo y la Realidad, se fragmentará en múltiples yoes en relación con distintos objetos internalizados (Fairbairn), pero bajo el dominio de un Yo central. La interiorización de un fragmento de yo asociado a su objeto dota de movimiento relacional el aparato psíquico interno, pero, como afirma Sutil, “lo que se introyecta no son imágenes ni objetos, sino esquemas o patrones de acción”.

La discusión sobre **el Yo y el Self** cierra el capítulo sobre la estructura psíquica. Difieren las concepciones de los diferentes autores acerca del nacimiento del yo; la posición más equilibrada, opina Sutil, es la de D. Stern, para quien el niño, al nacer, es capaz de ciertas diferenciaciones frente a su entorno, pero necesitará de un prolongado proceso de aprendizaje para desarrollar una identidad de sí mismo. No hay tal cosa como un yo diferenciado al nacer, pero sí capacidad de relación con los “objetos primarios” que, en el mejor de los casos, permitirán un proceso de construcción subjetiva mutua. Tal proceso quedó magistralmente definido por Winnicott en su conceptualización del espacio, los fenómenos y los objetos transicionales.

El concepto de *self* ha ido compitiendo con el yo y sus diferentes versiones, y Sutil nos invita a repasar las propuestas de Hartmann, Kernberg y Lichtenberg. Propone su propia concepción: “Tal vez no degrademos la idea del *self* si lo identificamos con ciertos tipos de fantasías sobre uno mismo, en especial inconscientes y posturas corporales. Lo definiríamos, por tanto, como el conjunto de imágenes que formamos sobre nosotros mismos a lo largo de nuestra historia, o posturas que podrán traducirse en imágenes con mayor o menor fortuna, siendo más importantes y pertinaces, más definitorias de estilo, las más tempranas” (pg. 204). Paso obligado por el *estadio del espejo* de Lacan: “No es exagerado conceder, con Lacan, que la capacidad para reconocer la propia imagen reflejada o, al menos, para quedar prendado de ella, posee la categoría de estructura ontológica del mundo humano” ...”en la gozosa identificación del bebé ante el espejo se produce el reconocimiento de ser uno entre otros, los semejantes” (pg. 205). En ese lugar de espejo sitúa Winnicott a la madre que mira a su bebé, el rostro que se ilumina con su visión; la identificación del “ser valioso” que perpetúa el deseo y lo multiplica; al otro lado del espejo, la madre sin rostro, la madre muerta, la *still face* sin azogue que devuelve a la fragmentación y borra la identidad.

La *identidad personal* que para Erikson se fundamenta en dos observaciones simultáneas: la percepción inmediata de la propia mismidad con su continuidad en el tiempo, y la percepción simultánea del hecho de que los otros reconocen la propia mismidad y continuidad. Al final, insiste Sutil, “lo que se interioriza no son, desde luego, imágenes, pero tampoco objetos ni relaciones de objeto, sino esquemas de acción disponibles para su actualización en cualquier momento, incluso en la relación del sujeto consigo mismo”...”el psiquismo son esquemas de relación formados en interacción dialéctica con nuestro entorno” (pg. 211).

**Emoción y motivación** es el título del cuarto capítulo, último de la parte dedicada al replanteamiento de la metapsicología. Lo inicia reafirmando lo esencial de la perspectiva relacional: la emoción y sus conceptos asociados nunca son fenómenos individuales, por lo que su análisis sólo será posible en el contexto de la conducta comunicativa. Más allá de su substrato fisiológico, lo que le otorga pleno sentido es su naturaleza social.

Emociones, afectos, sentimientos son conceptos de perfil impreciso y que no se dejan capturar fácilmente en la terminología que las distintas lenguas les tienen dedicados. Sutil nos ofrece un repaso de las distintas perspectivas teóricas que se han ocupado de la cuestión emocional. Desde el *cognitivismo*, Lazarus nos propondrá contemplar la emoción como el resultado de un proceso de evaluación cognitiva sobre el contexto, los



recursos de afrontamiento, los posibles resultados de la aplicación de tales recursos. Se propondrá también una distinción entre emociones primarias y secundarias, con su correspondiente listado, de sobra conocido. La teoría de la *expresión facial*, bien representada por Ekman, sostiene que la vivencia que tenemos de las emociones, su cualidad subjetiva proviene de la información propioceptiva que recibimos de nuestra expresión facial. Existe un repertorio de expresiones faciales que representan de forma universal una serie de emociones básicas. Se especula también con la duración de una emoción y con procesamientos paralelos, intentando aprehender lo esencial del fenómeno y diferenciarlo de lo cognitivo, tarea abocada al fracaso, como ya señalaba Sutil. Tampoco deja de citar la apertura explicativa que el descubrimiento de las neuronas espejo ofrecen en este campo, específicamente al tratar del contagio emocional. La perspectiva *fisiologista* de William James nos propone, de nuevo, que los cambios corporales son el fundamento de la emoción: “no lloramos porque estamos tristes, sino que estamos tristes porque lloramos”. Se abre la discusión entre defensores del modelo central (SNC) y defensores del modelo periférico (SNA). Schachter y Singer parecen superar el dilema integrando afecto y evaluación cognitiva. Pasan diversos autores por el debate, que culmina con las aportaciones de Damasio sobre la especialización hemisférica y los procesos primarios y secundarios que se darían en los distintos niveles cortical y límbico. El punto de vista *culturalista* acentuará la función social que, en forma de rol, cumplirán las emociones.

¿Cómo se articulan la emoción y la razón? “Opino, con Freud, que las emociones, o pasiones, ocupan el centro impulsor de nuestra naturaleza humana, mientras que el entendimiento o la razón desempeñan un papel secundario y auxiliar aunque, a diferencia de Freud, no pienso que nuestra pervivencia como sociedad dependa de la represión de las pasiones” (pg. 231).

Sutil pondrá, a continuación, el foco de interés crítico en la noción de “interioridad” que suele acompañar a la emoción: “el sentimiento interno sólo tiene realidad en la medida en que es comunicable, es decir, en tanto no es exclusivamente interno”...“los sentimientos y sensaciones internas más allá de lo comunicable están por definición en el ámbito de lo inefable, aquello a lo que sólo se puede aludir desde la poesía y la mística” (pg. 238). Critica especialmente por “engañoso” el concepto de “representación interna” que utiliza la psicología cognitiva moderna. En términos de “esquemas de acción” (que articulan subjetivamente la tendencia a la relacionalidad de la que se hablaba más arriba), no es imprescindible la idea de una imagen interna almacenada. Citando a Knoblauch, “los afectos no están en la persona. Continuamente se está construyendo un campo afectivo que se desliza entre las personas que se están influyendo mutuamente” (pg. 239). Esa idea de un proceso mental por el cual el sujeto se representa una emoción cual si eligiera de un muestrario almacenado en su interior, es rechazado por Sutil como error fundamental de la psicología cognitiva. Y nos advierte contra las corrientes de pensamiento que pretenden hallar la explicación última de la emoción en la neurofisiología, equiparando mente y cerebro.

Se detiene el autor en la clínica de la **vergüenza** y la **culpa**, aportando una reflexión sobre el narcisismo asociado a la primera. Propondrá que “la vergüenza es uno de los principales afectos del self (al avergonzarse de sí mismo uno se avergüenza de lo que

siente que es), y la culpa es uno de los principales afectos del conflicto pulsional clásico” (pg. 249).

Al hablar de la **angustia** (que prologa con párrafos exquisitos de Machado y Kiekegaard) nos remite a Freud y su clásica y muy difundida distinción entre *angustia real*, *angustia señal* y *angustia automática*. Sutíl propone usar el término “angustia” para designar el síntoma que proviene del conflicto neurótico, reservando el de “pánico” para la experiencia psicótica de desintegración. A su vez los conflictos tendrán su origen en la mala sintonización entre el niño y sus cuidadores, que no permitirá validar la experiencia emocional de aquel, dejando sin nombrar afectos que han de ser segregados de la experiencia normal. El trauma es, en esencia, la experiencia abrumadora de lo innombrable, lo que nos sume en la impotencia y altera nuestro sentido de “continuidad de ser”. Para Heidegger, “la muerte es la absoluta imposibilidad del *Dasein*, la posibilidad más propia de la persona, que no es relacional, y de la que no se puede zafar”. Nos condena, pues, a morir solos. Wittgenstein excluye la muerte de la vida porque ésta no tiene fin: la única verdad es que la muerte es la imagen de una soledad completa y absoluta. Lo que consueña con la propuesta de Stolorow, para quien “toda superación posible de la ansiedad ante la muerte y el trauma debe encontrar su lugar en el hogar relacional”. Y abunda Sutíl: “la angustia ante la soledad sería la forma adulta de la angustia ante el abandono, y tanto una como otra se pueden interpretar como el reverso de la tendencia del apego” (pg. 259).

**Propuesta para una teoría sobre la emoción y la motivación** es el apartado final de ésta primera parte del libro. “La emoción es un término articulado del lenguaje y no tanto un concepto fenoménico; es, siguiendo a Wittgenstein, un concepto entre lo gramático y lo empírico...lo empírico serían los síntomas corporales, pero lo verdaderamente humano sería su carácter articulado” (pg. 260). Recoge Sutíl la idea de Vigotsky de distinguir entre una evolución previa al lenguaje y otra posterior, que fundamentaría la diferenciación entre emociones primarias y secundarias. Son las primeras de las que podría predicarse un carácter adaptativo y no cognitivo. Las secundarias están, obviamente, determinadas por la cultura.

Se pretende distinguir emoción y motivación por su “procedencia” externa o interna (estímulo frente a carencia) o por la urgencia del proceso que se supone provocan. De nuevo nos remite Sutíl al “contexto pragmático interpersonal” para dar sentido al comportamiento propio o ajeno, en el que la valoración consciente, en forma de emoción que puede ser expresada, refleja sólo una pequeña parte de ese tejido social de significados que conforma un inconsciente colectivo.

Sutíl considera que existen dos motivaciones básicas: la agresión y el apego, cuyas representaciones culturales esenciales serían el afecto positivo (enamoramiento) y el afecto negativo (odio). Tomadas como dimensiones bipolares, darían lugar a cuatro comportamientos con su correspondiente emoción asociada: evitación (rechazo), emparejamiento (amor), huida (miedo) y ataque (odio). Estas emociones son propuestas como emociones primitivas. Al alcanzar el sujeto su individualidad, se abriría una “actitud hacia dentro” que en el terreno del apego abriría los ámbitos del narcisismo y la seducción, y en el de la agresión los del sentimiento de futilidad y la melancolía.

Sutil hace un amplio resumen de la teoría de los sistemas motivacionales de Lichtenberg y cols. (2011), quienes proponen la siguiente lista: *regulación fisiológica, apego, exploración/afirmación, respuestas aversivas, goce sensual/excitación sexual, afiliación y crianza*. Según los autores, estos sistemas no se derivan de las necesidades o pulsiones, sino que son sistemas auto-organizados y auto-estabilizados, en tensión dialéctica unos con otros. Las emociones serían las principales estructuras organizativas del sistema no verbal que identifican en cada momento el sistema motivacional dominante. El sentido de continuidad del self a través de los cambios dinámicos entre los estados emocionales y sistemas dominantes se explica por medio de la teoría de los fractales: los principios de la auto- semejanza repetida y la invarianza, a pesar de la escala y el tiempo, que pueden aplicarse a muchos objetos multidimensionales.

En nuestras relaciones con los demás habría dos niveles de inferencias: uno inconsciente e inmediato y otro consciente y reflexivo. Apunta también la tendencia probablemente innata de comprender los motivos del otro, que el descubrimiento de las neuronas espejo parece avalar. Quizás este sistema neuronal tenga también algo que explicar en la teoría de la mentalización que desarrolla Fonagy en un marco psicoanalítico. Esa capacidad de captar los estados mentales del otro sería la base de la empatía. Enfatiza Sutil, finalmente, que la motivación no surge inicialmente en el individuo, sino en un contexto interaccional, ni procede inicialmente de una representación interna. Y remata: “compartir las emociones del otro no es algo tan difícil se descubrimos que un *estado mental* no es por definición algo interno, sino algo que se comparte” (pg. 277).

Finaliza así ésta compleja primera parte de un libro que, como hemos dicho al principio, contiene un enorme potencial de provocación intelectual. Debate vigorosamente con los autores y sus ideas, y exige un lector atento y esforzado. La perspectiva psicoanalítica relacional surge del cuestionamiento no ya de una técnica o una metapsicología, sino de una manera de concebir al ser humano profundamente arraigada en nuestra cultura. El desafío de conmovir tales cimientos requiere una perspectiva humanística bien informada y de amplias miras. Más adelante, en la segunda y tercera parte del libro, sobre ese fondo humanista destacará la figura del clínico que, inevitablemente, se *conmueve* con el sufrimiento del Otro.

**Cita bibliográfica / Reference citation:**

Aburto Baselga, M. (2015). Reseña de la obra de Carlos R. Sutil: Psicopatología Psicoanalítica Relacional. Primera parte: Replanteamiento de la metapsicología. *Clínica e Investigación Relacional*, 9 (2): 511-521. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de [www.ceir.org.es](http://www.ceir.org.es) ]